

literatura de kiosko especial Cástaras



ediciones RaRo • Noviembre 2003

literatura de kiosko
especial Cástaras

Rakel Rodríguez
Jesús Ardoy

ilustraciones
Violeta
Jack Rutherford
fotos
José Pastor

Granada. Noviembre 2003



ediciones RaRo

Rakel Rodríguez

Cástaras:

un paraíso en la Alpujarra granadina

Dolores dejó Cástaras hace muchos años para vivir al abrigo de la modernidad en Granada. Pero cada vez que regresa a su pueblo, se le ilumina la mirada y le vuelve la melancolía y la certeza de saber que su pueblo es el más hermoso del mundo.

Porque Cástaras, enclavado en el corazón de la Alpujarra, situado a mil metros de altitud, distante apenas a siete kilómetros de Trevélez, motor turístico de la zona junto a Capileira, Bubión y Pampaneira, Cástaras es el otro lado de la moneda. Un paraíso desconocido que conocen bien sus habitantes y un puñado de locos que una vez allí no lo han dejado más, bien para quedarse definitivamente, bien para volver cada vez que pueden.

Bajo ese nombre musical, Cástaras, repítanlo, suena a música, se esconde un pueblo blanco que aparece a la vuelta de una curva en la carretera. Enmarcado en un quebrado, formando una piña blanca alrededor de la iglesia, de estilo mudéjar, atrae de inmediato la mirada del visitante primerizo. Apenas debe contar el municipio con unos 50 habitantes, no hay en él tiendas de artesanía, ni de antigüedades, ni de ropa ni mucho menos de souvenirs. Por no haber no hay ni tienda ni tendero, ni panadería, ni por supuesto escuela, que cerró hace ya unos

cuantos años porque en Cástaras, durante el invierno, no hay niños.

Sin embargo, se respira aquí el aire limpio de la sierra, se disfruta aquí de la frescura de su paisaje, del sonido del agua que impregna todo Cástaras. Se empacha uno de tranquilidad y de la amabilidad de su gente, porque eso es, su gente, uno de los atractivos de Cástaras, unido a su paisaje y a su entorno verde y quebradizo, está su gente. Gente sencilla, austera y prácticamente autosuficiente, que tienen sus huertos, donde plantan sus tomates, patatas, calabacines, y sus frutales higueras, manzanos, cerezos, perales..., con los que luego se abastecen de mermeladas y conservas.

Y la tranquilidad, una tranquilidad acorde con el murmullo del agua de las fuentes y el silencio. Un silencio que sólo se rompe durante el mes de agosto, cuando regresan los niños, los adolescentes y los hijos nacidos en Cástaras y que tuvieron que emigrar a otras zonas más prósperas. Y aún así, ese sonido de las risas infantiles, de los juegos de los jóvenes y el murmullo de los mayores se agradecen durante ese mes de agosto, en el que son pocos todavía los foráneos que conocen este pueblo blanco.

Los bares, las fuentes y los barrios.

Hay dos bares en Cástaras, el de la Matea, el más antiguo con fama merecida de tener tapas exquisitas y la «Posada María», una pensión con bar-restaurante que

ha empezado a funcionar este verano, después de que María y José (sus propietarios) lo dejaran para dedicarse a sus huertas y sus cosas. Una posada que ahora llevan tres nuevos locos que se han sumado a la pasión por Cástaras. Entre risas, vino del terreno, uvas con queso, brevas, carajillos... me cuentan sus ilusiones y sus proyectos. Una biblioteca, un taller de teatro, de plantas medicinales, cine, una huerta, un libro de la zona, recuperar caminos y albercas... una serie de proyectos que esperan y desean ir realizando poco a poco.

Físicamente, Cástaras es un pueblo pequeño de unas pocas calles que te dejan exhausto en cualquier cuesta y te llevan inexorablemente hacia el campo. Tiene su plaza mayor, que podíamos situar con la iglesia, una plaza donde curiosamente no hay farolas sino una lámpara con sus tulipas correspondientes que preside el centro, bajo la cual hay una fuente.

Las fuentes.

Hay varias fuentes en Cástaras, peculiares y llenas de vida. En verano, la gente se refresca en ellas, recoge el agua en botellas o recipientes, el agua forma parte del paisaje de este pueblo. Son viejas, gustosas y hermosas. En cuanto a los barrios, Cástaras para lo chico que es, se enorgullece de tener tres barrios, el barrio alto, el del medio y el pueblo propiamente dicho.



Las fiestas y el verano.

Con el verano llega la gente. Vuelven a casa los que emigraron, ahora con sus hijos y nietos, y el pueblo revive la vitalidad de hace al menos cuarenta años. Porque como en tantos pueblos de España, también aquí la gente hizo las maletas y marchó a otros lugares, a otras zonas donde poder hacer su vida de la forma en que su pueblo no se lo permitía o ellos se negaban a aceptar. La mayoría se estableció en Navarra y Cataluña. Pero en agosto y especialmente en las fiestas dedicadas a su patrón, San Miguel, entre el 8 y el 10 de agosto, todos (y cuando digo todos, es todos) los hijos de Cástaras están en el pueblo, las

casas llenas, las calles abarrotadas de jovencitos que juegan a batallas de agua (esas fuentes...) o se pierden en la maraña de rincones que ofrece el pueblo. Durante esa semana de fiestas, el pueblo bulle de alegría, de buenas intenciones y un montón de actividades para todas las edades. La «Matea» y la «Posada María» apenas dan abasto para atender a todos entre los antes, después y durante de los conciertos que amenizó este año la «Orquesta Mediterráneo» con gran profesionalidad.

Los locos

Algunos artistas, pintores, escritores y bohemios descubrieron Cástaras hace tiempo, y allí continúan arrancándole colores a sus lienzos, letras al papel en blanco o satisfacción a todas las horas del día. Allí tienen su casa el pintor Jack Rutherford, nacido en California y enamorado de la Alpujarra granadina. Una pareja inglesa Eli y Juana, que llevan años participando vitalmente de todo cuanto afecta al pueblo y que ahora todos los jueves echan cine en el pueblo, como en los viejos tiempos. Y la gente de la casa rural «El Olivo», o la pareja francesa que llevan «El Chocolate» o Violeta que pinta y repinta las fuentes y rincones de este pueblo.

Los propios habitantes del pueblo son en sí unos personajes casi en peligro de extinción, por su capacidad para aarrancar frutos a la tierra, retejar de launa, cantar



o hacer prácticamente cualquier cosa manual. Antonio, Matea, Paco padre, Paco hijo, María...

También hay una curandera, muy visitada por personas con diferentes dolencias de todo tipo, muchas provenientes de ese lugar interior que llamamos alma o enfermos de pena, que acuden a ella en busca de remedio. Y deben encontrarlo muchos de ellos, según comentan en el pueblo, por las mejoras y arreglos en la iglesia o en la cercana y sencilla ermita de San Miguel.

Y los chicos de la «Posada María», que vieron el pueblo y decidieron quedarse la antigua Pensión María y lo que fuera la antigua casa del maestro que han arreglado con un gusto exquisito como Casa Rural, con nombre volátil, «El Abejaruco». Ellos también apuestan por un turismo de calidad, al igual que el resto de personas que tienen casas rurales y hasta los mismos habitantes de siempre del pueblo. Un turismo no masificado, pocos pero bien cuidados, que vengan aquí sabiendo de antemano que Cástaras les va a ofrecer ese trozo de paraíso perdido que todos andamos buscando...



Jesús Ardoy
cuatro cafés y dos tostadas
(dedicado a Carlos)

Aún es de noche cuando suena el despertador. Despertador viejo, de los que hacen un ruido desagradable, como de alarma anti-incendios. Me froto los ojos y me estiro. Me pongo la misma ropa de ayer, y de manera casi mecánica, repito los mismos pasos de siempre.

Al salir de la casa siento un escalofrío recorrerme la espalda. Y no es que haga frío. Estamos en julio y está siendo uno de los veranos más calurosos de los últimos años. Es una sensación desagradable. A excepción del leve murmullo que produce el agua de la fuente, la placeta está en silencio. Canela – un perro vagabundo que abandonaron a las afueras del pueblo – dormita cerca de la puerta del Bar María. Al bajar las escaleras el perro abre un ojo, se levanta y me sigue. Caminamos juntos. Le gusta saltar sobre mí y morderme con suavidad la mano.

Al llegar a la plaza del pueblo aparecen figuras humanas como fantasmas silenciosos. A algunos los reconozco enseguida. Otros me resultan extraños, no los conozco y no sé qué coño hacen a esas horas de la madrugada deambulando por el pueblo. Bueno, sí. Me lo imagino enseguida. Vienen a por su ración mensual o semanal o anual de locura. De noche. Esperando su turno. Con cara de desconfianza, de desesperanza, con mala cara, vamos.

Cruzo la plaza, aún con el perro a mi lado, y saludo a los primeros que me encuentro con un buenos días neutro, sin emoción ni intención de desearles que tengan un buen día. En realidad me importa un carajo cómo pasen el día o el resto de su vida.

Sigo caminando y sigo encontrándome zombies que salen de los coches aparcados. Es un espectáculo patético. Está amaneciendo, y el efecto que produce la claridad sobre el pueblo y sobre esta gente es de película. Han dormido poco y mal y esto se refleja en sus caras. Y todo para ser los primeros en ser «atendidos». Cuando aún las moscas no se han desperezado, abro el bar y me preparo un café. No tardarán en venir a desayunar. No muchos. La mayoría trae sus propias provisiones; bocadillos, zumos, galletas, etc... Lo primero para ellos es el número. El bendito número. Cuando aún estoy limpiando y preparándolo todo, aparecen las primeras clientas.

—Dos descafeinados de máquina con leche templada y media tostada de aceite que no esté muy tostada, para el niño.

Yo las miro y esbozo una sonrisa forzada. Cuando les sirvo, me piden la sacarina y que les caliente un poco más la leche. ¡La leche que les dieron! No creo que pueda aguantar mucho más tiempo así...

Termina de amanecer en Cástaras y los primeros rayos del sol rozan con dificultad el campanario. Se presenta un día caluroso. Otro más.

literatura de kiosko especial Cástaras

© ediciones RaRo, Granada. Noviembre 2003
edicionesraro@hotmail.com
diseño · Thomas Donner, Jaén
libros_de_jaen@hotmail.com

literatura de kiosko 1

Rakel Rodríguez «gris» · Alexander Selkirk «material de derribo»

literatura de kiosko 2

Jesús Ardoy «una lástima» · José Pastor «ida y vuelta»

literatura de kiosko 3 «relatos negros»

Raquel Rodríguez «amor de hombre» · Johnny Thursday «el sueño» · Isabel Muñoz «Elga» · Víctor Sullivan «la venganza es buena arma»

literatura de kiosko 4 «ceros a la izquierda»

Boni Loz «cero 1, 2, 3, 4» «la hucha» «Lula Cero» · José P. González «Harry» · Jesús Tíscar Jandra «Requiescat In Pace con Tequila» · Julio C. Lebrato Rojo «mala sombra y carácter» · J. Hardoy «vida perra»

literatura de kiosko 5 «puntos cardinales»

Joaquín Fabrellas «cajones para la huida» · Jorge Montenegro «el sur del sur» · Boni Loz «ruido» · Tomás Trueno «vistas del norte a Jaén» · Wole Soyinka (Nigeria) «conversación telefónica» · Julio C. Lebrato «viaje al oeste»

literatura de kiosko 6 «a»

Rakel Rodríguez «a» · Isabel Muñoz «vigilias» · Alexander Selkirk «cubitos de hielo» · Joaquín Fabrellas «sunset tango»



ediciones RaRo

literatura de kiosko especial Cástaras



ediciones RaRo • Noviembre 2003